

LOS GUERRILLEROS

Los guerrilleros llegaron a Santa Rosa.

Desde la Quinta Zona Militar le avisaron al presidente municipal que unos guerrilleros iban rumbo a nuestro municipio, atravesando la sierra, porque querían llegar al mar, y le pidieron que ordenara a todos los comisarios de los ranchos que luego dieran aviso si los veían pasar.

En la escuela nos explicaron lo que eran los guerrilleros.

—Es gente que se ha levantado en armas —dijo la señorita Mague.

—No, son unos estudiantes que andan pidiendo tierra para los campesinos —la contradijo la señorita Sorro.

—Te equivocas —dijo la señorita Ramona—, son los estudiantes revoltosos que asaltaron el cuartel de Madera y que quedaron vivos.

En la plaza, los señores de razón tampoco se ponían de acuerdo.

—Pues no —decía el presidente municipal—, son unos bandidos que asaltaron cinco bancos en Chihuahua y andan huyendo.

—Éstos son otros —decía mi abuelo Ladislao—, se vinieron a la sierra para hacer la revolución, otra vez.

—Han de ser simples abigeos o maleantes que se cuestran gente —opinaba don Alberto, el recaudador de rentas.

Alzados, revoltosos, ladrones, guerrilleros, nadie sabía cómo llamarles. Lo único cierto es que toda la gente de la sierra debía poner sobre aviso a las autoridades cuando los vieran y no debían prestarles ayuda. Es más,

debían cuidarse, porque asaltaban ranchos, violaban a las mujeres y se llevaban las armas y la comida que contraban.

Desde ese día, hubo miedo en Santa Rosa y muchos no quisieron salir a camppear sus reses.

Un lunes, al oscurecer, llegó corriendo Luis Reynova, descalzo, con los huaraches rotos en la mano y con la lengua de fuera. Venía desde Orocoyvo, donde vivía. Lo vimos bajar el Cerro Azul y pasar las calles corriendo hasta detenerse en la plaza, donde preguntó por el presidente municipal, porque ya era tarde y la presidencia estaba cerrada, pero lo encontró en el billar, tomándose unas cervezas.

Ahí, Luis Reynova contó que a su rancho habían llegado los guerrilleros la noche anterior. Que él los había hospedado en una troje donde guarda maíz. Que lo hizo porque le dio miedo al verlos con las armas en la mano. Que eran como nueve y que entre ellos iba una mujer. Que se veían cansados, como enfermos y tristes. Que habían cenado en su casa y luego se habían ido a dormir.

—¿Y por qué no viniste luego a avisar? —le reclamó el presidente.

—No me dejaron. Pusieron a dos de ellos, toda la noche, a cuidar mi casa, por si se me ocurría salir.

Luego contó que esa mañana ya estaban listos para irse, que habían desayunado y se habían despedido y que ya iban a tomar el camino, rumbo al río de Ochiro, cuando escucharon un avión. Que entonces corrieron a esconderse, pero que no era un avión sino un *licóptero* que anduvo dando vueltas sobre las casas del rancho y que luego se fue y que, entonces, los guerrilleros se separaron en grupos y se colocaron alrededor de una tierra de maíz recién nacido, escondiéndose entre las matas y

los árboles, y que al rato el *licóptero* volvió a revolotear por encima del rancho, hasta que decidió bajar y se dejó caer en medio del maizal tierno.

Y que entonces su mujer Toribia Alzate le dijo ya estos bárbaros nos van a acabar con el maicito recién nacido. Que él no la dejó que saliera a reclamar y que siguieron escondidos adentro de la casa, mirando todo por la ventana de la cocina.

Y que desde ahí vieron cómo del *licóptero* se bajaba una media docena de soldados con las armas en la mano y que su mujer le dijo vienen a matarnos, cierra bien la puerta, y que no hallaban qué hacer.

Pero que entonces los guerrilleros escondidos empezaron a dispararles a los soldados, que cayeron tres y que los otros corrieron y se metieron al *licóptero*, donde se había quedado el chofer que lo manejaba.

Que el *licóptero* levantó una polvareda y se empezó a elevar y que apenas estaba alzando el vuelo cuando en eso salieron los guerrilleros de entre las matas y le echaron bala.

Que desde arriba del *licóptero* también disparaban para abajo y que alcanzaron a tocar a dos de los guerrilleros, pero no a la muchacha.

Y que de un de repente el *licóptero* explotó en el aire, se oyó un ruido, se prendió en llamas y cayó en medio del maizal.

Que los guerrilleros salieron de sus escondites, se juntaron a discutir, miraron a sus compañeros muertos, pero que no los enterraron, ni a los soldados tampoco, y que luego se fueron huyendo rumbo al río de Ochiro.

Que ya nomás iban siete.

Y que él y su mujer habían esperado un buen rato, por si volvían o por si llegaban más *licópteros* y que como al rato vieron que no, que entonces él se había venido

corriendo hasta Santa Rosa a pie, porque ayer había sabaneado su mula y no era el caso de irse al monte a buscarla y perder el tiempo.

Que ahí estaban los soldados muertos y lo que había quedado del *licóptero*, todo aquello lleno de humo, quemándose todavía, y que por vida de Dios le dijeran qué hacer, porque su mujer Toribia Alzate estaba muy asustada, escondida en el tejabán de la casa, con sus cinco criaturas y un chiquillo de brazos.

El presidente dio parte a Chihuahua por el radio de su oficina y luego llamó a todos los comisarios recordándoles que avisaran si veían pasar a los alzados, pero que no fueran a ayudarlos en nada, lo que se entiende en nada.

Otro día empezaron a pasar *licópteros* y avionetas encima de Santa Rosa. La gente salió a verlos a las calles, pero el presidente dio la orden de que todos se encerraran en sus casas, porque era muy peligroso andar en la calle mirando para el cielo, algún *licóptero* les podía caer encima.

Santa Rosa se llenó de soldados esa noche. Tres *licópteros* bajaron en la Alameda de Abajo y dos más en la tierra del aguacate de las Matus.

El presidente platicó mucho rato con los soldados y mandó matar una vaca y hacer treinta kilos de tortillas, y les dieron de comer en la Alameda.

Los soldados salieron a la mañana siguiente en sus *licópteros* a peinar la sierra, pero regresaron en la tarde sin novedad. Llegaron enojados y le gritaban al presidente que más le valía andarse con cuidado él y los comisarios, porque esto estaba muy raro.

A los siete días se fueron del pueblo y parecía que todo había quedado en paz. A veces oíamos zumbir aviones y *licópteros*, pero no volvieron a aparecer por el cielo.

Hasta que un día llegó a Santa Rosa José María Polanco, que vive en Bahuichivo, al otro lado del río Ochitos. Venía con la cara desencajada, le faltaba el resuello y no podía ni hablar, porque había corrido todo el día, desde su rancho, de donde había salido en la madrugada, y como había cruzado el río con el cuerpo muy sudado y caliente, se había quedado ronco.

En la cocina de la casa del presidente contó todo.

Que los guerrilleros habían estado escondidos en su rancho de Bahuichivo, a donde habían llegado una noche.

Que él sabía que tenía que dar aviso a Santa Rosa, pero cómo, si le habían caído de improviso y que cuando los perros del rancho ladraron y él salió al portal a ver qué pasaba, los siete muchachos ya estaban con sus armas apuntándole desde la oscuridad y haciéndole señas con una lámpara de mano que llevaban.

Que eran siete, entre ellos una mujer llamada Natalia, que le decían Natacha, y que se veían cansados, como enfermos, y que no tuvo que preguntarle nada, porque ellos mismos le dijeron que venían del rancho de Luis Reynova, donde habían tumbado un *licóptero* con soldados.

Que no tuviera miedo y que por favor los ayudara, porque nomás querían esconderse unos días, mientras los soldados dejaban de buscarlos y que, es más, que lo iban a recompensar con dinero.

Que casi todos venían enfermos, débiles, muy pálidos, algunos rengueaban y otros traían el estómago muy suelto.

Que ni modo, pues él tuvo que servirles de casero y darles de comer esos días, porque a ellos ya se les había acabado el bastimento.

Que dos de ellos tenían heridas en una pierna y otro en un brazo, pero que no era nada de gravedad, simples rozones de bala.

Que la muchacha era muy simpática, muy platicadora, que hasta les enseñó unas canciones a sus tres chamacas y que se ponía a hacerles dibujos en un cuaderno y a jugar con ellas a las muñecas de trapo que les hizo su mujer Tiburcia Montes.

Que el jefe parecía ser uno al que le decían el Güero y que nunca se llamaban por sus nombres, sólo por sus apodos, menos a la muchacha, a la que sí le decían Natalia o a veces Natacha.

Que de día se la pasaban escondidos en la mina La Víbora que está cerca de la casa, al otro lado de la quebrada, y que sólo en la noche venían a dormir a la casa del rancho.

Que a él le regalaron muchas medicinas y que le dieron escrito en un papel para qué eran buenas, si para el dolor de muelas o para agarrar el sueño o para una mordedura de víbora o para el dolor del riñón.

Que le dieron algunos billetes por las molestias causadas, que él no los quería agarrar, pero que ellos insistieron mucho y que le dijeron que se iban a enojar si no se los recibía y que por eso se los recibió.

Que su mujer les hizo gorditas y tamales de frijoles para el lonche del camino, de carne no, porque de donde, y que sus chamacas estaban muy tristes cuando se despidieron, porque ya les habían tomado cariño con los nueve días que pasaron en Bahuichivo.

Que muy de madrugada, cuando apenas estaban saliendo en el cielo las Siete Cabrillas, se fueron del rancho y que él los encaminó un buen trecho y que les dio la salida por el río abajo, rumbo al río de Charuyvo que se junta con el río Florido cuando entra a Sinaloa, porque ellos querían llegar al mar.

Que estuvo un buen rato viéndolos faldear el cerro que baja al río, hasta que se perdieron detrás de un encinar

y que fue entonces cuando en lugar de volver a su rancho, había decidido venirse a Santa Rosa a dar cuenta de todo.

Que se le olvidaba decir que eran siete, la Natalia o Natacha mentada, el Güero que parecía el jefe, el Tito, un chaparro muy mal hablado, el Pino o Pinocho, medio narizón, el Nando, uno muy bien parecido, el Tomy, un gordito muy simpático que de todo se reía, y el Flaco, uno medio mal encarado, siempre de malas, y que llevaban muchas armas y parque.

Que él contó más o menos nueve pistolas, cinco rifles, tres metralletas o ametralletas, que así les decían, y varios mapas y cuadernos donde anotaban todo lo que hacían o iban a hacer o habían hecho.

Que viéndolo bien no parecían malas personas, al contrario, se veían muy decentes y educados y que no eran gente de campo o de trabajo duro, se les notaba por sus ropas, en sus zapatos y en sus manos.

Después de levantar el acta, el presidente ordenó que encerraran en la cárcel a José María Polanco.

Al día siguiente llegaron los soldados con sus *licópteros*. Desde Santa Rosa salían a caballo y a pie a buscar a los alzados.

Y un día los localizaron río abajo, ya casi llegando al Mirasol, entre El Cajón y Tejopaco. Los soldados los venadearon en los arenales del río, donde estaban ses-teando, en un lugar muy solo, donde no hay casas, ni árboles, ni cuevas donde esconderse.

Los trajeron muertos a Santa Rosa. Los cuerpos estuvieron en nuestra casa, en el cuarto de abajo, donde está la subagencia del Ministerio Público. Mi papá y mi mamá levantaron las actas, porque mi papá es el subagente y mi mamá la secretaria.

Mi mamá escribía lo que le dictaban los soldados, quienes dijeron que los guerrilleros habían muerto en un enfrentamiento, al no querer rendirse por las buenas. Ella a cada rato volteaba a mirar los cadáveres y decía pero si sólo son unos niños, válgame Dios, suspiraba y seguía escribiendo.

Más tarde, los soldados ordenaron a mi papá que enterrara los cuerpos en el camposanto, en una sola tumba, y que les echaran mucha tierra, que porque si andaban buscando tierra para los campesinos, pues que se las echan encima, así nomás, sin cajón, en la mera cara y en la boca, para que se hartaran.

A solas, en la cocina, mi mamá se peleó con mi papá, con el presidente y con el juez, que era mi abuelo Ladislao, porque todos querían obedecer las órdenes de los soldados.

No sean cobardes, les decía ella. A ti qué te importan, le contestaba mi papá. Sí me importan, bien pudieran ser mis hijos. Los tuyos están muy chicos, le decía él. Pero algún día crecerán, agarrarán el camino y quién sabe qué será de ellos. Pobres madres las de estos muchachos, cómo estarán sin tener razón de ellos, dónde vivirán para mandarles un telegrama, a lo mejor los están esperando, tan guapos y tan jovencitos, en la flor de la edad.

Luego dijo que los cuerpos se tenían que llevar a la iglesia, para velarlos ahí, mientras Jerónimo Santana les hacía las cajas para enterrarlos y que las cajas las debería pagar la presidencia, pero el presidente decía que no, que si ella los quería enterrar en cajas, que corriera con los gastos.

Mi mamá nos mandó juntar flores por todas las casas. Juntamos pocas, porque nadie quería cortar flores de sus jardines por miedo a los soldados que andaban por el pueblo. Y compramos velas en la tienda de Chona Santana,

porque a mi tía Lydia se le habían acabado desde el Día de los Muertos.

Y mi mamá pagó de su bolsa a los peones que hicieron las siete tumbas, porque el presidente sólo mandó hacer una, para no desobedecer a los soldados. Y ella también pagó las siete cruces y ella misma pintó los nombres de los muertos en ellas, no los apodos que dijo José María Polanco que tenían, sino sus verdaderos nombres que traían en sus credenciales.

Cuando los soldados se fueron de Santa Rosa, mi mamá levantó otra acta, que guardó en su baúl secreto.

En ella puso que los guerrilleros fueron sorprendidos durmiendo en los arenales del río. Que en las muñecas y en los tobillos tenían moretones y heridas, como si los hubieran tenido amarrados mucho tiempo. Que los cuerpos tenían quemaduras de cigarros y golpes en todas partes. Que les salía agua de las orejas, las narices y la boca, como si los hubieran zambullido en el río, muchas veces. Que a la Natacha le habían hecho atrocidades. Y que todos los cuerpos tenían un tiro en la nuca.

Al camposanto fue poca gente, sólo los que cargaron las cajas, mi mamá, mi papá, mi tía Lydia y mis hermanos. Mi tía Lydia rezó el rosario y en la letanía en vez de decir ruega por nosotros, decíamos ruega por ellos.

A mí todo me dio mucha tristeza y cuando bajamos del camposanto veníamos sin hablar, y esa noche nadie quiso cenar en la casa y mi mamá cubrió con sábanas todos los espejos y no nos dejó prender el radio, como si estuviéramos de luto.